



DEMOCRACIA

Luis Tonelli

Diana Maffía

Martín Böhmer

Tomás Borovinsky

Guillermo Cruces

Leonardo Gasparini

Ignacio Lunghi

Leopoldo Tornarolli

Inés Palacios

Andrés Schipiani

Lara Forlino

Paula Mascías

Camila Perochena

Ana Iparraguirre

Hernán Iglesias Illa

Gustavo Marangoni

Marina Dal Poggetto

Roy Hora

Ariel Wilkis

Paula Szenkman

Luis Diego Fernández

Carlos Huffmann

Melina Masnatta

Sol Montero

“Este título es una iniciativa del Ministerio de Cultura de la Ciudad de Buenos Aires”

Coordinación editorial

Juan Martín Méndez
Tomás Borovinsky

Diseño y diagramación

Eugenia Peyrègne

vivamoscultura.buenosaires.gob.ar

PRÓLOGO

07 ENRIQUE AVOGADRO

PALABRAS DE APERTURA

09 JULIA POMARES

CAPÍTULO 1

14 LA TRANSICIÓN PERMANENTE

La transición a la democracia y la difícil, pero imprescindible, construcción de consenso en la Argentina

16 LUIS TONELLI

Género y Derechos Humanos en la transición democrática

26 DIANA MAFFÍA

El legado de la transición

36 MARTÍN BÖHMER

Fukuyama en las pampas

46 TOMÁS BOROVINSKY

CAPÍTULO 2

56 LA OLLA A PRESIÓN

Desigualdad y pobreza en Argentina: evolución histórica desde la vuelta a la democracia

58 GUILLERMO CRUCES

LEONARDO GASPARINI

IGNACIO LUNGHI

LEOPOLDO TORNAROLLI

Cuarenta años de pobreza creciente en Argentina: apuntes sobre cómo abordarla en los próximos cuarenta

70 INÉS PALACIOS

¿Cuánto (y cómo) invierte el Estado argentino en la lucha contra la pobreza?

80 ANDRÉS SCHIPANI

LARA FORLINO

¿No nos cansamos de hacer promesas a la luna?

92 Paula Mascías

CAPÍTULO 3

102 BIENVENIDOS AL DESIERTO DE LA POLÍTICA

Los presidentes y la memoria en 40 años de democracia

104 CAMILA PEROCHENA

Cuatro décadas, tres deseos

114 ANA IPARRAGUIRRE

Tenemos el traje, nos falta el cuerpo

124 HERNÁN IGLESIAS ILLA

"Quadragesimo anno" Algunas reflexiones sobre la marcha de nuestra democracia

132 GUSTAVO MARANGONI

CAPÍTULO 4

140 EL PORVENIR DE UNA ILUSIÓN

40 años de Democracia:

Luces y sombras

142 MARINA DAL POGGETTO

En torno al problema de la declinación argentina

150 ROY HORA

El desempeño democrático de la economía

164 ARIEL WILKIS

Repensar la estrategia del desarrollo

174 PAULA SZENKMAN

CAPÍTULO 5

186 HACKEO CULTURAL

Devenir democrático: Argentina molecular

188 LUIS DIEGO FERNÁNDEZ

40 años de Democracia

198 CARLOS HUFFMANN

Sobre educación, democracia e inteligencias artificiales

206 MELINA MASNATTA

Cultivar la democracia: los usos normativos de la cultura política

114 SOL MONTERO

Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires

Jefe de Gobierno. **Horacio Rodríguez Larreta.**

Jefa de Asesores de Gobierno. **Julia Pomares.**

Ministro de Cultura. **Enrique Avogadro.**

Jefa de Gabinete **Lara Manguel**

Jefa de Asesores **Magdalena Suarez**

Directora General de Planificación y Seguimiento **Sabrina Slauscius.**



Los presidentes y la memoria en 40 años de democracia

Camila Perochena



Camila Perochena Doctora en Historia (UBA) y Mg. Ciencia Política (UTDT). Actualmente se desempeña como profesora investigadora de la Universidad Torcuato Di Tella y como columnista del programa *Odisea Argentina* en el canal LN+. Escribió el libro *Cristina y la Historia. El kirchnerismo y sus batallas por el pasado* (Crítica, 2022).

En 1983 retornaba la democracia y se abrían una serie de desafíos políticos. Tras la dictadura más sangrienta de la historia nacional, era preciso reconstruir las instituciones democráticas y el tejido social. Esa misión requería, entre otras cosas, gestionar la memoria del pasado reciente y sombrío. Un dilema se abría: ¿recordar u olvidar? En relación con dicho dilema, que atraviesan todos los regímenes democráticos en un contexto de transición, Thomas Ferenczi se interroga:

¿Es preciso dar vuelta la página en nombre de la reconciliación nacional? ¿Se debe juzgar a los antiguos dirigentes en nombre de las víctimas que demandan justicia? ¿Hay que renunciar a remover los viejos recuerdos para no reabrir las heridas? ¿Hay que combatir el olvido para permitir el trabajo del duelo?¹

Estas preguntas debieron ser resueltas por los actores políticos y sociales que gestionaron la transición a la democracia. Los presidentes que se sucedieron desde la transición hasta la actualidad adoptaron diferentes estrategias para lidiar con la historia nacional que dan cuenta de un abanico muy heterogéneo de concepciones políticas. Analizar la forma en que gestionaron la memoria del pasado, ya sea reciente o lejano, es una lente para comprender las diversas concepciones de la política y la democracia.

Los politólogos Michael Bernhard y Jan Ku-

bik realizaron una clasificación de estrategias memoriales que surgieron tras la caída de la URSS. Los autores distinguieron allí cuatro tipos de actores memoriales: “guerreros”, “pluralistas”, “negadores” y “prospectivos”. Los “guerreros memoriales” eran aquellos que se consideraban portadores de una “verdadera” historia frente a otros actores que cultivarían una visión “falsa” y con los que no es posible negociar. Los “pluralistas memoriales” aceptaban la existencia de una diversidad de interpretaciones del pasado y trataban de entablar un diálogo para encontrar los puntos fundamentales de convergencia. Los “negadores memoriales” evitaban las políticas de memoria y las batallas por el pasado. Mientras que los “prospectivos memoriales” creían haber resuelto el enigma del pasado y tener la llave para guiar al pueblo hacia el futuro. Según como se combinen o interactúen estos actores surge un régimen memorial dominado por el conflicto o por la coexistencia. Retomando esta clasificación, en las siguientes páginas nos preguntamos por las estrategias memoriales de los presidentes desde la transición democrática hasta hoy; cuánto tuvieron de guerreros, prospectivos, pluralistas o negadores memoriales; en qué momentos primó un régimen memorial dominado por el conflicto y, en qué momentos otro dominado por la coexistencia.

La llegada de Raúl Alfonsín a la presidencia implicó una profunda revisión del pasado, tanto desde el punto de vista jurídico como memorial. A los pocos días de su llegada a la

Los presidentes y la memoria en 40 años de democracia

Casa Rosada, el presidente impulsó el juzgamiento a los responsables de la violación de derechos humanos durante la dictadura de 1976 y la búsqueda de verdad a través de la creación de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas. Frente al dilema judicial, Alfonsín elegía juzgar y frente al dilema memorial, elegía recordar. Fue así como, según ha mostrado Gerardo Aboy Carlés, el discurso alfonsinista devino en la construcción de una clara frontera respecto del pasado de violaciones a los derechos humanos².

Desde esta perspectiva, Alfonsín podría ser caracterizado como un “guerrero memorial” ya que buscaba que se conociera la verdad sobre el pasado reciente. Sin embargo, la búsqueda de verdad y la memoria debían tener un punto de llegada para permitirle a la democracia mirar al futuro. Eso explica que la CONADEP haya tenido un tiempo límite de investigación que no sobrepasó los 9 meses. La búsqueda de verdad y el conflicto que desataba, debía dar paso a la convivencia política. A la memoria debía continuar la unidad nacional, tras décadas de conflictos y violencia. Así lo expresó en el discurso de Parque Norte cuando sostuvo que buscaba lograr “un proyecto de país en el que todos los componentes de nuestra sociedad se reconocieran a sí mismos”. Al mirar la historia nacional, Alfonsín sostenía que: “Nuestra historia no es la de un proceso unificador, sino la de una dicotomía cristalizada que se fue manteniendo básicamente igual a sí misma, bajo sucesivas variaciones de deno-



"Frente al dilema judicial, Alfonsín elegía juzgar y frente al dilema memorial, elegía recordar."

minación, consistencia social e ideología. Ahí están, como expresiones de esta división, los enfrentamientos entre unitarios y federales, entre la “Causa” yrigoyenista y el “Régimen”, entre el conservadurismo restaurado en 1930 y el radicalismo proscripto, entre el peronismo y el antiperonismo”. La concepción liberal que Alfonsín tenía de la democracia requería, también, una mirada pluralista del pasado. No se podía llegar a acuerdos y compromisos, con miradas dogmáticas de la historia. De esta manera, Alfonsín fue un “guerrero memorial” en relación con el pasado reciente y un “pluralista memorial” a la hora de representar la larga historia nacional.

A diferencia de Alfonsín, Menem se veía a sí mismo como un “prospectivo memorial”. Creía que podía resolver el enigma del pasado para, luego, guiar al pueblo hacia el futuro. Una vez resuelta, la historia podía ser dejada atrás. Por tal motivo, el primer año de su

presidencia estuvo signado por una mirada reconciliatoria de la historia nacional. Esta concepción se hizo evidente a través de diversas políticas y gestos como el abrazo con el almirante Isaac Rojas, protagonista del golpe que derrocó a Juan Domingo Perón en 1955, los indultos a todos los jefes militares y a los líderes y miembros de organizaciones armadas y la repatriación de los restos de Juan Manuel de Rosas, protagonista de las más encarnizadas batallas por el pasado. En ese último evento Menem sostuvo: “No vengo a contarles el pasado de un país que pudo haber sido y no es. No deseo encender viejas polémicas, no impulso desempolvar antiguas luchas. Ni tampoco pretendo que recordemos a nuestros antepasados desde el altar de una frustración”. Con este gesto, Menem buscaba superar y “desideologizar” el pasado: convertir a la historia en un “puente de unión para que deje de ser pared, división y desencuentro”.

Frente al dilema de qué hacer con un pasado reciente y con los responsables del terrorismo de Estado; Menem apostó al olvido y al perdón como la forma de convivencia posible en una sociedad dividida por la historia. Este uso político del pasado requería una cuidadosa administración de la memoria y, especialmente, del olvido. La concepción de la historia de Menem parecía inspirarse en la célebre conferencia titulada “Qué es la nación”, pronunciada por Ernest Renan en 1882: “la esencia de una nación consiste en que todos los individuos tengan muchas cosas en común, y también en que todos hayan

olvidado muchas cosas”. Esta estrategia dio lugar a un régimen memorial dominado por la coexistencia: la reconciliación, y no la profundización del conflicto, fueron la base de su concepción de la política y la democracia.

Pero las heridas del pasado no siempre se cierran con voluntad política. En una sociedad movilizadora como la Argentina de la transición, la administración de la memoria excede al gobierno de turno. Los indultos, el olvido y el llamado a la reconciliación no fueron aceptados del lado de las víctimas que no olvidaban ni perdonaban. Los organismos de derechos humanos se convirtieron en los guardianes de una memoria colectiva autónoma del Estado y buscaron mecanismos alternativos para la prosecución de justicia: reparaciones financieras, continuación de juicios por apropiación de bebés, juicios por la verdad y creación de memoriales. Entre el gobierno y los organismos de derechos humanos había una contrapuesta concepción del tiempo histórico. Para las víctimas y familiares de víctimas el “pasado no pasaba”, la historia no podía ser clausurada. Para el menemismo el pasado debía ser dejado atrás, en sintonía con el eslogan de época de que había llegado el “fin de la historia”.

La demanda por memoria, verdad y justicia que movilizó a la sociedad civil, en especial desde 1995, fue retomada durante la presidencia de Néstor Kirchner. Tanto Néstor Kirchner como Cristina Fernández de Kirchner pueden ubicarse dentro de la categoría de

Los presidentes y la memoria en 40 años de democracia

“guerreros memoriales” ya que se veían a sí mismos como los portadores de una verdadera historia frente a una historia falsificada. Al asumir la presidencia, Néstor Kirchner se presentó como un líder refundacional y armó una narrativa de la historia reciente argentina que buscaba generar una ruptura con las de sus predecesores. Las políticas de derechos humanos impulsadas por su gobierno hicieron que la historia se convirtiera en protagonista de los debates sostenidos en la arena pública.

Al analizar los usos del pasado durante su presidencia, Ana Soledad Montero sostiene que: “uno de los rasgos más distintivos y novedosos del discurso kirchnerista consiste en haber recuperado un imaginario político nunca antes reivindicado desde la posición de enunciación presidencial: se trata de la “memoria militante setentista”, esto es, de un espíritu de época que remite a los jóvenes militantes de los años setenta, con sus modos de imaginar y representarse la política”³. Sobre este pilar, el discurso de Néstor Kirchner marcó una ruptura con el período 1976-2003, y estableció una filiación con la militancia setentista dando lugar a una “repolitización” de la figura del joven militante de los setenta que ya no fue presentado como una “víctima” sino como un militante y activista político con un carácter “heroico”⁴. Según Claudia Hilb, esta reinterpretación favorable de los ideales y al compromiso de los militantes cristalizó una lectura en términos de valores que identificaba a “los buenos” y “los malos”

de nuestra historia⁵.

De esta manera, la memoria del kirchnerismo buscó diferenciarse de la llamada “teoría de los dos demonios” que marcaba una corresponsabilidad de dos contendientes violentos. Esta teoría se asoció, en el discurso oficial, con el alfonsinismo y la década del ‘80, más allá de que fueron representaciones que estaban ampliamente instaladas en la sociedad desde 1974⁶. Esa revisión del pasado se cristalizó en la reedición del informe del “Nunca Más” con un prólogo que cuestionaba la visión del pasado presente en el prólogo original. Néstor Kirchner se presentaba, así, como un “guerrero memorial” pero con una mirada del pasado que se limitaba a la historia reciente.

Siguiendo con la línea trazada por su antecesor, Cristina Fernández de Kirchner reforzó y amplificó esas referencias desde la noción de “deber de memoria”. Así lo anunciaba, explícitamente, en el año 2013, dos días antes de la conmemoración del inicio de la última dictadura: “este es un aniversario que no nos gustaría tener que recordar, pero que sí tenemos la obligación de recordar”. Ahora bien, a diferencia de Néstor Kirchner, cuyas referencias al pasado se concentraron en la historia reciente, la entonces presidenta intentó darse a sí misma un lugar mucho más ambicioso en la historia. La vocación refundacional del kirchnerismo que supo cultivar Néstor Kirchner al presentarse como un nuevo origen frente al pasado dictatorial

y neoliberal se amplió de manera secular con Cristina Fernández, intensificándose el vínculo entre pasado y presente al atravesar una y otra vez en sus discursos los dilemas abiertos desde 1810. Su gestión venía a terminar con lo que llamaba “200 años de fracasos y frustraciones”. Esta visión de largo plazo llevó a que la historia tuviera un lugar central en sus discursos: de los 1592 discursos emitidos durante sus dos gestiones presidenciales, en el 51% hizo referencia al pasado, reciente o lejano. Además, en esos años se crearon nuevos feriados, se abrieron museos, se produjeron programas televisivos de historia para niños y adultos, se inauguraron nuevos monumentos y se escenificó el pasado en numerosos actos públicos protagonizados por la ex presidenta. Fue, tal vez, la dirigente política que —al menos desde el siglo XX— hizo el uso más intensivo del pasado durante su gestión.

La intensidad en el uso del pasado vino acompañada de una voluntad de reescribir la “verdadera historia” frente a una historia “falsificada y liberal”. En tal sentido, el caso de Cristina Fernández de Kirchner es el de una “guerrera memorial” que, desde el poder presidencial, optó por un acentuado uso político del pasado que profundizó la estrategia de confrontación. Este uso político del pasado polarizador estuvo en consonancia con una concepción de la política y su práctica basada en la radicalización del conflicto. La polarización hacia el pasado le permitía justificar el presente y proyectar el futuro. La historia se

convirtió así en un campo de batalla donde podía rastrearse las raíces entre un “ellos” y un “nosotros”, entre el “pueblo” y sus enemigos, entre el naciente kirchnerismo y el resto del espectro político.

En contraposición a su antecesora, Mauricio Macri pensó a la historia como una carga. El ex presidente señaló: “Nuestro sistema político contaba a principios de siglo con dos grandes fuerzas tradicionales, con muchas décadas de historia, el radicalismo y el justicialismo. Ambos (...) para bien o para mal estaban *cargados* de pasado”. Frente a los partidos tradicionales, Macri explica que el Pro había surgido para “expresar el cambio y una ruptura radical con las formas tradicionales de la política argentina”. Desde la perspectiva de Macri, sólo una ruptura total y sin continuidades con el pasado hacía posible tener una mirada de futuro. Para generar un “cambio cultural”, Macri cree que hay que desembarazarse del pasado, tener una “visión aspiracional”. Esta concepción convierte a Macri en un “negador memorial”. Para ir hacia el futuro es preciso negar el pasado.

En los discursos de Macri, no hay figuras del pasado ni períodos históricos que sirvan como faro para iluminar el presente. La historia parece ser un territorio al que no hay que volver. Tal como señala Fabio Wasserman en su libro, *En el barro de la Historia*, el macrismo tuvo una concepción de la temporalidad futurista que, sin embargo, recurrió a interpretaciones y representaciones tradi-

Los presidentes y la memoria en 40 años de democracia

cionales sobre la historia nacional. La más recurrente es la idea de que la Argentina empezó hace “70 años” un proceso de decadencia del que no logró salir. En esta perspectiva decadentista de la historia, el pasado parece un bloque sin fisuras con el que hay que romper. No hay un panteón de héroes que reivindicar, liderazgos con los que identificarse o proyectos de país a considerar. El pasado aparece como el terreno de lo antiguo, lo autoritario, lo ineficiente y el populismo.

En la última estación de este recorrido se encuentra Alberto Fernández a quien la historia parece esquivarlo. La visión del pasado de Alberto es tan escurridiza como la “identidad albertista”. Cuando un político hace uso del pasado, lo hace para consolidar una identidad o legitimar un estado de cosas. En Alberto Fernández predomina lo segundo por sobre lo primero, el uso instrumental por sobre la consolidación identitaria. La construcción de una identidad colectiva requiere del reconocimiento y la participación en una red de relaciones sociales en las que los individuos se sienten idénticos los unos a los otros. Deben tener claro cómo se concibe y define un “nosotros”, a la vez que reconocer quiénes son parte de ese “nosotros” y quiénes no. Alberto Fernández escapó, deliberadamente, a esa construcción identitaria. No está claro si fue por pereza intelectual, miedo o, menos probable, estrategia política. El hecho es que, a lo largo de su presidencia, las fronteras simbólicas del albertismo fueron fronteras móviles que se corrían más acá o más allá,

según las circunstancias. Esa oscilación identitaria significó también una oscilación de la memoria. Alberto Fernández pareciera ser un “deambulador memorial”. Deambula por el pasado, va de un período a otro sin un rumbo determinado, sin un fin. Este vacío identitario llevó al presidente a un movimiento pendular, del consensualismo a la polarización, de la tradición liberal alfonsinista a la tradición peronista.

Para concluir este sintético recorrido sobre las memorias oficiales en 40 años de democracia, resulta pertinente traer al presente la forma en que Paul Ricoeur expresó sus inquietudes respecto de los usos de la memoria y del olvido: “me quedo perplejo por el inquietante espectáculo que dan el exceso de memoria acá y el exceso de olvido allá, por no hablar de la influencia de las conmemoraciones y de los abusos de la memoria -y de olvido-. En este sentido, la idea de una política de la justa memoria es uno de mis temas cívicos reconocidos”⁷. ¿Puede existir una memoria justa? ¿Qué instancia podría decidir cuáles son las políticas que nos comprometen con una memoria justa? Estas preguntas han abierto un sinfín de polémicas e intervenciones en el campo académico y político de las últimas décadas. A 40 años de la transición democrática, tras un péndulo entre guerreros y negadores memoriales, es posible reivindicar el pluralismo memorial como una forma democrática de recordar. *

NOTAS

1 Thomas Ferenczi, «Devoir de mémoire, droit à l'oubli?», en *Devoir de mémoire, droit à l'oubli?*, Dir. Thomas Ferenczi, Bruselas, Édition Complexe, 2002, p. 14 (traducción de la autora).

2 Gerardo Aboy Carlés, *Las Dos Fronteras de la Democracia Argentina: La Reformulación de las Identidades de Alfonsín a Menem*, Rosario, Homos Sapiens, 2001.

3 Ana Soledad Montero, *Y al final un día volvimos! Los usos de la memoria en el discurso kirchnerista (2003-2007)*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2012, p.17.4 *Idem*.

5 Claudia Hilb, *Usos del pasado. Qué hacemos hoy con los setenta*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013.

6 Hugo Vezzetti, *Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2009.

7 Paul Ricoeur, *La memoria, la historia y el olvido*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2008, p. 13.

Los presidentes y la memoria en 40 años de democracia

